

necesario abolir primero las fronteras de esta o aquella cultura. “Éste es a mi juicio —nos dice Tuñón de Lara— el mensaje que nos trae *América en la Historia* de Leopoldo Zea y toda la esencia de su obra.”

Tuñón de Lara como buen español, no disimula su satisfacción ante la revalorización de España en su dimensión histórica y cultural. También como español se siente liberado de los reproches que hace Zea a Occidente por su exclusivismo y lamentable incompreensión.

Nos encontramos frente a una inteligente interpretación del pensamiento de Zea y ese espíritu inteligente, certero y bien informado guía la traducción de *América en la Historia*. Prólogo y traducción evidencian un seguro y amplio conocimiento de la historia y el pensamiento americano, particularmente del mexicano.

María Elena RODRIGUEZ DE MAGIS
Universidad Nacional de Cuyo

LA GENERACIÓN MEXICANA DE 1910

I

EN EL AÑO DE 1916, cuando México se halla en plena agitación revolucionaria, está de paso en el Perú un escritor mexicano de treinta y cuatro años que, no obstante su dedicación a la vida intelectual, ha participado activamente en la contienda de sus compatriotas, y ha sido ya, aunque fugazmente, ministro de Educación Pública de su país. Este joven escritor es José Vasconcelos y está llamado a ser, acaso, el más grande y el más discutido de los pensadores americanos de su tiempo. Por aquellos días, Vasconcelos pronuncia en Lima una conferencia sobre *El movimiento intelectual contemporáneo de México*, de memorable contenido.

A la vuelta de muy hermosas consideraciones sobre su propio destino de Ulises mexicano —desterrado de la Revolución y errante por el mundo—, y tras de muy altos pensamientos sobre el destino de su América —en los cuales está ya el núcleo de sus futuras visiones de *La raza cósmica*, *Indología*, *Bolivarismo* y tantas otras, que informarán una teoría general de América—, el joven Vasconcelos perfila entonces la historia intelectual del México moderno, a partir de la Reforma liberal de mediados del siglo pasado; analiza brevemente la

obra de los sabios y artistas del Novecientos, en el apogeo del régimen del general Porfirio Díaz; y se detiene, por último, en los hombres de su propia generación, que surgió en 1910, año del Centenario de la Independencia, año del estallido de la Revolución.

“En medio de las desolaciones y las inquietudes —revela el escritor mexicano a su público limeño—, florece una generación que tiene derecho a llamarse nueva, no sólo por sus años, sino más legítimamente porque está inspirada en *estética distinta* de las de sus antecesores inmediatos, en *credo ideal* que la crítica a su tiempo calificará con acierto, pero que no es ni romántico ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de *misticismo fundado en la belleza*; una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas.”

Así define Vasconcelos el espíritu de su generación, identificándolo con el espíritu de su propio sistema filosófico, el “monismo estético”, cuyo primer esbozo ha lanzado a la publicidad, en su ensayo sobre Pitágoras, ese mismo año de 1916.

El joven maestro define también la labor de todos sus compañeros de generación. Habla de veinticinco “héroes” mexicanos, cuya edad oscila, con raras excepciones, entre los 25 y los 35 años, y cuya acción se ejerce en el pensamiento, la poesía, la prosa, la pintura, la música, la novela y la erudición.

En primer lugar, se refiere a los tres escritores que, al lado del propio conferenciante, han formado la avanzada del grupo: Alfonso Reyes, “apto y enérgico para todo noble ejercicio del alma”; Antonio Caso, “un constructor de rumbos mentales y un libertador de los espíritus”; y Pedro Henríquez Ureña, el sabio antillano, que “pone en su prosa la luz y el ritmo que norman su espíritu”. Junto a sus tres grandes amigos, en prenda de afecto, Vasconcelos sitúa a Julio Torri, “un humorista hondo y un extraño vidente”.

Pasa luego a los poetas del grupo, a cuya cabeza está Enrique González Martínez, el hermano mayor, “un filósofo que sabe concordar la idea con la música y el metro”. Falta el nombre de Ramón López Velarde, que tardíamente se incorporó a las labores de su generación, y falta acaso el de Ricardo Arenales, el poeta colombiano que más tarde sería llamado Porfirio Barba Jacob, tan ligado a los centenaristas mexicanos.

Entre los prosistas figuran el arquitecto Jesús Acevedo y Martín Luis Guzmán, “espíritu claro y vigoroso que pronto habrá de definirse con inconfundible relieve”. Entre los pintores, Diego Rivera, quien “ha dejado la manera clásica en

que ya era maestro, por amor de modernos sentidos esotéricos de la figura y el volumen”.

Músicos, novelistas (único entonces, Carlos González Peña, derivaría posteriormente a la crítica literaria), y eruditos, cierran el desfile de los nuevos “héroes”, a quienes Vasconcelos alaba “como Ulises a los suyos, sin timidez y sin arrogancia”.

Aunque su obra ha madurado al embate de la lucha, hay en ellos serenidad, concluye Vasconcelos. “Serenidad y conciencia de que el estar pensando es una manera de servir y honrar a la patria...; todos seguros de su deber, presintiendo que están llamados a salvar... lo que es tesoro y esencia de los pueblos...: una cultura común, coherente y generosa.”

II

En el año de 1925, cuando la Revolución mexicana se ha consolidado ideológicamente y plantea el problema de su dirección política, reside en la Argentina el sabio dominicano Pedro Henríquez Ureña, que, años antes, había sido el Sócrates de los centenaristas mexicanos. El maestro vive ahora la plenitud de los cuarenta años y está llegando al apogeo de su carrera intelectual. Es el gran crítico de América, la mayor autoridad mundial en literatura hispanoamericana. No posee, sin duda, la fuerza creadora que ilumina los escritos ideológicos de su amigo Vasconcelos; pero la calidad magistral y pedagógica de sus estudios es de primer orden. Don Pedro, como le llaman sus discípulos, publica entonces un ensayo sobre *La Revolución y la cultura en México*, donde lucen el rigor y la perspicacia analítica del filólogo ejemplar.

El autor se detiene a relatar —con oculta añoranza— las labores germinales de aquella generación que no le miró como a un extraño y que le contó entre sus mejores hombres. Son los años que van de 1906 a 1910.

“En aquel periodo, bajo el gobierno de Díaz, la vida intelectual de México había vuelto a adquirir la rigidez medioeval, si bien las ideas eran del siglo XIX, ‘muy siglo XIX’. Nuestra *Weltanschauung* estaba predeterminada, no ya por la teología de Santo Tomás o de Duns Scoto, sino por el sistema de las ciencias modernas interpretado por Comte, Mill y Spencer; el positivismo había reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él.”

“Pero en el grupo a que yo pertenecía, a que me afilié a poco de llegar de mi país a México —revela el escritor anti-

llano a sus lectores de Buenos Aires—, pensábamos de otro modo. Éramos muy jóvenes... cuando comenzamos a sentir la necesidad del cambio. Entre muchos otros, nuestro grupo comprendía a Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Acevedo el arquitecto, Rivera el pintor. Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado sistemática, demasiado definitiva, para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio... a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce."

"Bien pronto nos dirigimos al público en conferencias, artículos, libros (pocos) y exposiciones de arte. Nuestra juvenil revolución triunfó, superando todas nuestras esperanzas..."

Y así continúa don Pedro analizando la influencia de la Revolución en la vida intelectual de México, a lo largo de una cuantas páginas. El tono es de aparente objetividad, pero sus amigos comprenden la soterrada pasión que anima sus palabras.

"¿Cuál ha sido el resultado?", se pregunta Henríquez Ureña. La respuesta es: "Ante todo, comprender que las cuestiones sociales de México... son únicas en su carácter y no han de resolverse con la simple imitación de métodos extranjeros"; y "después, la convicción de que espíritu mexicano es creador como cualquier otro".

"Es dudoso que, sin el cambio de atmósfera espiritual —conceptúa don Pedro—, se habrían producido libros de pensamiento original como *El suicida* de Alfonso Reyes [1917], *El monismo estético* de José Vasconcelos [1918], o *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, de Antonio Caso [1919]... interpretaciones artísticas del espíritu mexicano como los frescos de Diego Rivera y sus secuaces."

Por último, tras de estudiar la situación de las artes en México hacia 1925 —pintura, arquitectura, música y literatura—, el maestro afirma que, para el pueblo, "la Revolución ha sido una transformación espiritual", y concluye:

"Tal vez el mejor símbolo del México actual es el vigoroso fresco de Diego Rivera en donde, mientras el revolucionario armado detiene su cabalgadura para descansar, la maestra rural aparece rodeada de niños y adultos, pobremente vestidos como ella, pero animados con la visión del futuro."

III

En el año de 1939, cuando el gobierno revolucionario de México aparece unificado, victorioso y constructor, el gran maestro Alfonso Reyes regresa a su patria, después de una ausencia de veinte y cinco años. Brumosos aparecen ya los días del Centenario mexicano; remotos también, sus años de España, donde alternó las labores del escritor e investigador con las funciones del diplomático; y han pasado para siempre sus prolongadas estancias en Francia, en el Brasil, en la Argentina, como representante de México. Un embajador extraordinario. Al lado de Henríquez Ureña, Reyes es celebrado en todo el mundo hispánico como el mayor humanista de América, como el sabio cuyos intereses se vierten en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Don Alfonso, igual que don Pedro, carece de la originalidad sistemática del pensador filosófico, que posee su común amigo Vasconcelos; pero Reyes es, además de sabio, poeta y escritor de creación. Un auténtico e incomprendido poeta. Su voz es tenue y asordina-da, si queréis; pero es una voz poética muy finamente trabada y muy noblemente americana. La poesía de don Alfonso espera entonces y esperará por lustros su intérprete cabal.

Al volver a su México, en la cumbre humana e intelectual de los cincuenta años, Alfonso Reyes quiere atar cabos, sueltos y dispersos desde su juventud. Quiere estructurar definitivamente su múltiple obra. Uno de sus primeros trabajos de entonces es su estudio sobre el *Pasado inmediato*, que don Alfonso escribe en septiembre de ese año de 1939, para conmemorar el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, reunido en México por los días del Centenario. El autor retoma el hilo conductor de los escritos de Vasconcelos y Henríquez Ureña, y, contando con la perspectiva del tiempo, elabora un cuadro histórico del *Sturm-und-Drang* mexicano de 1910.

Don Alfonso reseña las principales fases de aquel movimiento desde sus orígenes hasta su disolución en el periodo más violento de las luchas revolucionarias; aproximadamente desde 1906 hasta 1914. El movimiento se articula en dos "campanas", separadas por el año clave de la generación (1906-10, 1910-14); y cada una de ellas se compone de varias "batallas". Entre éstas figuran la revista *Savia Moderna*, que empieza a congrega las nuevas vocaciones; la primera exposición de pintura de Diego Rivera; el homenaje a la memoria de Gutiérrez Nájera; el primer ciclo de la "Sociedad de Conferencias": ("hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco"); la lectura de los filósofos

griegos; la manifestación en memoria de Gabino Barreda; el segundo ciclo de la "Sociedad de Conferencias"; el ciclo de conferencias de Antonio Caso sobre la filosofía positivista; la fundación, a fines de 1909, del Ateneo de la Juventud, con el cual se afirma la presencia espiritual de la nueva generación; la serie de seis conferencias sobre temas americanos, que abren los ateneístas a mediados de 1910, durante las semanas que precedieron a los festejos del Centenario... Después, durante los primeros años de conmoción bélica, la ocupación de la Universidad Nacional por los ateneístas; la fundación de la Universidad Popular; la fundación de la primera Facultad de Humanidades; y, por último, las conferencias en la Librería de Gamoneda, cuando ya "la actividad literaria comienza a ser una heroicidad"...

El general Bernardo Reyes, padre de don Alfonso, ha muerto como los bravos, en "la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla", como le evocará después el doliente hijo. El joven maestro no quiere participar en *vendette*, porque "siendo esclavo de amores, no quería ser esclavo de odios", tal como él me dijo cuando le conocí, muchos años más tarde. El joven maestro se marcha al extranjero... Al extranjero no, sino a su España, la patria materna que le acoge como a uno de los suyos, como a uno de sus buenos escritores, igual que México había acogido a Pedro Henríquez Ureña.

Alfonso Reyes dedicará en Madrid copiosos recuerdos a aquella hora temprana de su vida, la hora del Centenario, seguro "de que fue la mejor". Y un día de un año que puede ser el 1916, acaso al mismo tiempo que Vasconcelos, en Lima, revela la nueva estética y la serenidad de su generación, don Alfonso se despedirá de aquella incomparable juventud:

"¡Adiós a las noches dedicadas al genio, por las calles de quietud admirable o en la biblioteca de Antonio Caso, que era el propio templo de las musas!"

IV

Las Conferencias del Ateneo de la Juventud se publican en volumen el propio año de 1910. Este libro es el máximo documento de la generación del Centenario. Allí están las seis conferencias: la de Caso sobre Hostos, el pensador antillano; la de Reyes sobre Othón, el poeta mexicano; la de Henríquez Ureña sobre Rodó, el maestro uruguayo; la de González Peña sobre Fernández Lizardi, el escritor mexi-

cano; la del periodista español José Escofet sobre sor Juana Inés de la Cruz, la décima musa de México; y, por último, la de Vasconcelos sobre Barreda, el filósofo mexicano.

Las grandes preocupaciones intelectuales de los centenarios son, pues, la filosofía, la literatura y la política. Caso habla como filósofo puro; Vasconcelos, como filósofo y político; Henríquez Ureña, como literato y filósofo; Reyes, González Peña y Escofet, como literatos puros.

Todo el mundo sabe que, entre ellos, hay cuatro futuros grandes de México y de América. Y frente a la obvia pregunta, "¿cuál de los cuatro será el mejor?", que cada cual se responda a sí mismo, según su leal saber y entender. En cuanto a mí, si me apuran, digo que me quedo con el profético Vasconcelos, en quien arde la voluntad de "futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza".

Estas divagaciones sobre los abuelos intelectuales de la última generación, sobre los maestros de nuestros maestros —en toda la América hispánica—, me vienen a la mente ahora que el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional de México ha vuelto a publicar las *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, al cuidado del investigador Juan Hernández Luna, quien juiciosamente las prologa.*

Bien haya el Centro de Estudios Filosóficos por tan noble regalo —regalo desafiante, estremecedor— a las nuevas generaciones hispanoamericanas, las del sesquicentenario de nuestra Independencia.

Germán POSADA
Universidad del Valle, Colombia

* ANTONIO CASO, ALFONSO REYES, PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, JOSÉ ESCOFET, JOSÉ VASCONCELOS: *Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices de Juan Hernández Luna. Centro de Estudios Filosóficos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1962 (Nueva Biblioteca Mexicana, 5), 218 páginas.